



# **HÉCTOR GUILLERMO VILLALOBOS: BARBECHOS Y NEBLINAS**

Luz Machado

# HÉCTOR GUILLERMO VILLALOBOS: BARBECHOS Y NEBLINAS

Luz Machado

ediciones  
**MINCI**

**HÉCTOR GUILLERMO VILLALOBOS:  
BARBECHOS Y NEBLINAS**



**Luz Machado**

Colección Claves

Ediciones **MinCI**

Ministerio del Poder Popular para la Comunicación e Información

Final Bulevar Panteón, Torre Ministerio del Poder Popular para  
la Comunicación e Información. Parroquia Altigracia, Caracas-Venezuela.

Teléfonos (0212) 802.83.14 / 83.15

Rif: **G-20003090-9**

**Nicolás Maduro Moros**

Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

**Jorge Rodríguez**

Vicepresidente Sectorial de Comunicación y Cultura (E)

**Estela Ríos**

Viceministra de Planificación Comunicacional

**Kelvin Malavé**

Director de Publicaciones

Edición y corrección de textos/ **María Aguilar**

Diseño y diagramación/ **Luis Manuel Alfonso**

Depósito Legal: **DC2018001170**

ISBN: **978-980-227-406-2**

Edición digital en la República Bolivariana de Venezuela

Julio, 2018

# **HÉCTOR GUILLERMO VILLALOBOS: BARBECHOS Y NEBLINAS**

Luz Machado



## HÉCTOR GUILLERMO VILLALOBOS: BARBECHOS Y NEBLINAS

## NOTA BIOGRÁFICA

Nació el 20 de julio de 1911 en Ciudad Bolívar, estado Bolívar. El destacado poeta, periodista, pedagogo y político heredó su amor por la docencia de su padre, el educador Guillermo Tell Villalobos. Su madre, Magot Tovar Guerra, le transmitió la sensibilidad que expresó en su obra poética.

Estudió secundaria en el Liceo de Varones de su ciudad natal y se trasladó a Caracas para cursar Castellano y Literatura en el Instituto Pedagógico de Caracas. Se graduó en 1936. Su trabajo como docente lo combinó con el periodismo a través de la publicación de artículos en la revista *Oriflama* y, años más tarde, con la fundación del periódico *El Luchador*.

Asimismo, mantuvo una activa vida política como representante de su estado natal ante el antiguo Congreso de la República

y luego como Presidente del estado Bolívar, este cargo se conoce en la actualidad como gobernador. Además, fue ministro de Educación y director de educación primaria y secundaria.

En el campo de los versos se destacó por sus líneas nativistas que sumergen al lector en la profundidad de la idiosincrasia venezolana. El ambiente, lenguaje y personalidad de los venezolanos fueron tomados por Héctor Guillermo Villalobos para convertirlos en una tersa y hermosa expresión poética definida por Luz Machado como “señales liberadas de una caja de música inefable, eso sí, encontrando siempre en el interior suyo la verdad estética, que erige a este poeta en dueño absoluto de un quehacer de reconocido magisterio lírico y a su obra como testimonio de una de las más nobles, ricas, puras expresiones de la poesía venezolana”.

*Afluencia* (1937), *Jagüey: romances regionales guayaneses* (1943), *En soledad y en vela* (1954), *Barbechos y neblinas* (1973) y *Memorias en la Buhardilla* (1973) son los poemarios que condujeron a Héctor Guillermo Villalobos a ser considerado por el historiador José Antonio de Armas Chitty como “el poeta que maneja el romance con mayor destreza en Venezuela”.

Villalobos recibió el Primer Premio del Ateneo de Guayana, por su obra *Jagüey: romances regionales guayaneses*

(1943) y el premio único del Certamen de Romance Nativista de la Exposición Agropecuaria Nacional, por “Romance para una madre campesina”.

Villalobos falleció el 23 de mayo de 1986.

Quien ha dado a la poesía venezolana un aporte válido, se ha ganado el derecho a ser escogido oficialmente entre propios y extraños como uno de sus maestros. Este es el caso de Héctor Guillermo Villalobos. Porque en su poesía lo conceptual reitera su eternidad de verdad. Porque en lo emocional pocos pueden ganarle en ternura a ese amor suyo que encuentra y canta o que busca y es aspiración infinita en la imagen virtual que lo sustenta, amor a la tierra y a cuanto ella palpita de humano o de irracional, sea gracia o mengua telúrica, prodigio suyo o frustración, memoria que se refugia en la imagen o invocación a las puertas del milagro, certidumbre y fe en la humana potencia o llanto y crespón fúnebre sobre la imposible gémula, encima de la desesperación como una guirnalda sonora, al pie mismo, donde pudo haber nacido la verdad y sólo ha aparecido el fantasma de la ruina, el espectro de la nada. Porque en lo formal el uso de clásicas normas es ejercicio consciente, reiteración en pleitesía a la dignidad reconocida, gusto y regusto por la forma en que canta y encanta hasta la embriaguez

del ritmo, de la rima, en musicalidad absolutamente fiel a cuanto quiere expresar de esa manera, seguro de que no habría otra mejor para su verso.

En una totalidad de plenitud, la memoria sustenta todo ese quehacer poético, como columna nutricia un friso de figuraciones. La imaginación apenas turba en los libros más recientes, en las obras posteriores a *Afluencia* (Editorial F.E.V., Caracas 1937) y *Jagüey* (Editorial Bolívar, Caracas, 1943), la ternura de las motivaciones de esta poesía, que si en los libros nombrados fue claro espejo de la realidad circundante, memorial del contorno, reseña de cuanto la conmueve hasta casi resumirse en aspiración cumplida en aquel breve poema titulado “Mundo” (*Afluencia*, 1937) con el que pareció el poeta haberse abastecido para su peregrinaje poético, en los nuevos halla más a gusto esa otra dimensión de las divagaciones, de la fantasía en trance de expectación y éxtasis, que lo llevan al regocijo estético hermano del verso lopezvelardiano —con quien se declara en insobornable vínculo— y que lo mantiene en lírico arrobamiento frente a las cosas que canta en un lenguaje de estremecida sensibilidad.

Justamente, es *En soledad y en vela* (Ediciones Edime, Caracas-Madrid, 1954), la obra en la que el poeta cumple, como en preferido ritual, ese deber de la melancolía, esa filial devoción

estética que sólo es bien apreciada cuando se coparte la misma creencia: la de la tristeza como una categoría de la belleza, posiblemente la más cercana a la esencia suya, puesto que como aspiración suprema y ante la capacidad de poseerla total e integralmente como lo aspiran el arte y el artista, solo queda la posibilidad de obtener la cercanía suya, un roce fugaz apenas, algo parecido a la sonrisa, que tan llena está de tanto misterio del alma de tanta significación por cuanto nos conmueve y la origina. Así, en los últimos poemas de Héctor Guillermo Villalobos —de los libros inéditos *Barbechos* y *Neblinas* y *Memorias en la Buhardilla*, de los cuales se incluyen algunos en esta Selección Poética— pueden apreciarse estas características. El poeta, sumergido en añoranzas vagas, no ya como un desposeído ante reinos incognoscibles, sino en virtud del reconocimiento de una heredad que le ha venido secular y magnífica, a sus manos, frente a sus ojos y a su sensibilidad, desde la entraña misma del mundo de la poesía, como una nebulosa envolvente y fascinante, en la que él mismo forma parte de una constelación. Pero el vértigo que pudiera arrastrarlo y perderlo es sometido en la norma y por ella en la limitación que le impone al verso. Se produce un juego de fuerzas en la poesía que adquiere así, en virtud del oficio, jerarquía superior. Entonces el poeta, conocedor del lenguaje, recibe sus dones y los utiliza sin pedir más, posiblemente porque no lo necesita, para expresar cuanto le conmueve. Y la recreación estética, que es la creación poética, por no descartarse en la copia de la realidad asume categoría

lírca, y es, por tanto, testimonio de una verdad en cuya transmutación la aptitud y la vocación lucen la gala de la inmortalidad poética. El poeta ha traspasado el umbral de los dioses.

A esta poesía última de Villalobos la hallo entre estas características. Continúa la línea depurada de un estilo lírico, muy distinto del que en Jagüey es plenitud verbal, fluencia libérrima del color, palpación humana que se siente, se toca, se oye, se ve, en calidades de una sensorialidad estallante como los motivos que inspiran sus romances guayaneses, en los que el poeta parece haber dejado todo un inicial vigor expresivo a cuyo esplendor contribuye el ritmo eminentemente musical del octosílabo y toda la riqueza de los elementos telúricos que lo nutrieron en aquella región en la que la poesía parece nacer como otra gracia suya, potente y de más nadie, porque así son los motivos que la inspiran, dones de la geografía, razones de la latitud, haberes de la sangre que allí ha nacido, todo, materia ideal y al mismo tiempo real para el poeta y su oficio mágico.

El *leitmotiv* de que nos habla Wolfgang Kaiser es rayo de luz que esculpe la imagen en la estructura del verso, tal y como en un vitral el color señala perfiles y formas, en la presentación del dibujo y del conjunto integral. Por eso en la poesía venezolana Héctor Guillermo Villalobos tiene bien ganado prestigio. Bastaría recordar siempre —como se debe— es Jagüey de recio amor

telúrico que allí se acendra, recogido y constante, sin mengua ni muerte, como uno de los hontanares más puros y nobles en el que deberían beber siempre los que quieran saciar la sed de belleza vital de nuestra trascendente verdad humana. Junto a la exaltación de nuestra realidad geográfica, enmarcada en la flora y la fauna propias y sobre la cual el hombre venezolano yergue y sufre su verdad temporal, el avatar que lo alza y derriba, que lo exalta o demora, que lo avienta al morir o que lo clava en arco de gloria; y en ese desfile de honor que inició Bello, austero; Pérez Bonalde, sentimental; Lazo Martí, pensativo y profundo; Blanco, cauteloso y brillante, y Arvelo Torrealba, el magnífico, Héctor Guillermo Villalobos bien puede portar el signo de legítima alcurnia que le acreditan, en consecuencia a esa genealogía de su dignidad poética nacional y nacionalista —sin dejar de ser universal— sus cinco libros de poesía, entre los que Jagüey es puntero de noble tradición.

El poeta ha recogido sus redes y se recrea en la contemplación del hallazgo. Fulgen las imágenes como pesca milagrosa que no llega a corromperse. El cabrilleo de la luz se ha vuelto ceniza brillante que ya no escuece los ojos ni hace daño al sentimiento, porque es rescoldo memorioso, húmedo laurel en retoño. La poesía lo acompaña, más que vencerlo; porque ha sido el poeta quien la ha reducido al vasallaje secular del verbo, y, dueño suyo, se le vuelve tapiz de seda entre las manos. Toda imposición formal cede al impulso lírico. Y ya en él, se vuelve

morosa delectación lo que pudo ser solamente ímpetu sin consecuencia creadora. Es aquí y entonces cuando el poeta redoma su expresión. Y el estilo surge, depurado y simple como un dios desnudo, entre la vastedad de la creación.

Héctor Guillermo Villalobos permanece así fiel a su capacidad poética. Ni la fuerza en alardes de novedad por el solo gusto de que se le halle a ritmo en una evolución periódica que solo deslumbra a incautos, ni la empobrece en contención y sujeción innecesarias. Cuando ha querido limitarse —honor de ejercicio— le ha bastado —como en esos inigualados romances guyaneses— usar determinada forma preceptiva. O se regodea en el endecasílabo del soneto o disfruta el alejandrino como un vino añejo embriagante o esculpe el corto engarce octosílabo de las viejas y clásicas formas rimadas.

El otro signo, la señal que atraviesa esta poesía de Villalobos, es la soledad, iluminada por esos recuerdos que lo torturan y reducen y acongojan o exaltan, pero que siempre lo alumbran —nuevo Dante en su espiral de infernales sollicitaciones— tal y como el padre-río, ese Orinoco de verdad y de leyenda, atraviesa la geografía con su lámpara de cristales fugitivos y se ciñe a la tierra Patria como un laurel de fugaces y permanentes foliaciones, tal y como dice el verso del poeta clásico ante la realidad que fuera otrora firme y luego ruina y ante la cual exclama, seguro de las mutaciones

de la temporalidad y de la vigencia eterna del verbo y solamente: “lo fugitivo permanece y dura”.

Con esa fugacidad del canto —permanente—; con esa huidiza materia del sueño; con las impalpables, intangibles, intransferibles imágenes suyas, ha quedado el poeta detenido y pasando ante cuanto sus ojos miran y estremece su sensibilidad. La mañana ya no tiene para él aquel estallido de fuego artificial que sonaba a gigantesca zaranda infantil girando sobre la peana azul del día. Ni el mediodía le trae más ardor que el que conoció en sangre moza y en palabra rebelde. Y la tarde se acongoja de melancolía, todavía, es cierto, con un fresco aroma de jazmineros de la vieja casa solariega; o con eclosiones solares sobre los metales oscilantes del agua del río fluyendo ante su ciudad nativa; o asordinada entre bambúes al pie de los Andes, cuando la profesión lo llevó a vivir ese otro pasaje. Solo la noche, que no ha sido para él la profesión lo llevó a vivir ese otro paisaje. Solo la noche, que no ha sido para él la noche oscura del alma sino la inmensidad en que los místicos españoles le recordaron el *muero porque no muero* teresiano y la lejanía de los *mundanales ruidos* (en la elementalidad de un transitorio azar de vivir), solo la noche, digo, se le puebla de sonido y rumor, desde el barbecho de las encantadas neblinas que le recuerdan sin halo de ultratumba a Heine, a Shelley y a Rilke, hasta el regreso inaudito, insólito, lleno

de súcubos e íncubos, atropellado de la ansiedad y de la nostalgia que están en el desván de la casa, en el arcón viejo de la abuela, entre esos recuerdos inefables que parecen enmarcados como retratos antiguos o que suelen danzar ebrios de pasado y de infantiles ignorancias, rancios de candor, de presagio, mezclados con los juguetes que un día fueron propios y que ahora son el devenir familiar, táctiles reconstrucciones que el ayer entrega al futuro con solemnidad de rito ineludible. Es una soledad llena de amor. Amor y soledad. Dos elementos entre los cuales gira esta poesía. ¿Qué, si no, es ese andar y andar entre la domesticidad, deleitosamente, en regodeo de familiar alcurnia, entre ese mundo de pequeñas cosas que tanto despiertan la memoria y más la atan a un vivencia y a una edad y hasta una época —que llega a rezumarse como añejo mosto— asido a los detalles y a esos reflejos que en todo instante asisten la memoria, en maternal acogida? ¿Y no es acaso amor lo que nutre esa capacidad de recreación y acendramiento, que sin realizar a veces la transmutación que pide la anécdota para ganarla para la jerarquía de objeto inmaterial de la poesía, mantiene intactos, en fervor y adoración temporal, todo cuanto le ofrece motivo para el poema? Amor como pasión creadora. Soledad que deviene de su certidumbre. Porque nunca es más absoluto el amor —si cabe un comparativo de esencias— que cuando puede mirarse a sí mismo en soledad, puro y simple, íntegro de categoría moral,

y por supuesto, estética. Un tercer elemento, constante de esta poesía, que por su carácter de objeto poético tiene real valor absoluto frente a los dos elementos preponderantes de la subjetividad en los poemas, es el agua: dualidad de imagen y reflejo, Narciso de fábula y espejo de verdad, compañera fiel en el discurrir sobre temas, vuelta sobre sí misma en reiteraciones, en meandros de líquida musicalidad, en fluencia riquísima que va reflejando y devorando todo para devolverlo en transparencia de un mundo propio, en dominio íntimo e interior. Y es cuando esta armonía sufre quebrantamiento cuando el poeta rompe esa intromisión de la temporalidad, esa frustración instantánea que lo hiere en la certeza de que todo es agonía y acabamiento, y altera o rasga o destroza la tesitura del poema con la irrupción de la anécdota o de elementos opuestos al clima del poema que ya nos ganaba, con raptos de humor, de intenso realismo, que maltrata calidades en el gesto de violencia. Se le quiebra, pues, el sentimiento, el amor vital. Y el descubrir súbitamente que, además, lo circunstancial y temporal se lo arrebató, que lo pierde sin remedio, pese a la poesía, y que hay una esencia y un destino intransferible cumpliéndose, le impone desde adentro la agónica evidencia y malogra en la racha escéptica lo que pudo haber sido realidad estética de precioso origen y término feliz del trance creador. Por eso, frente a esos lienzos que el poeta retoca con gracia inigualable, está presente su gusto por cierto matiz de ironía que le ganó a la vida jugándole en limpia apuesta de tradición española.

Presente en sus obras, como sazón de añeja alcurnia, la picardía, el humor, ese sí no es entre la verdad y la burla, entre la provocación y el duelo, entre el reto y la admonición, circula como un duendecillo de vestido escarlata por entre las estrofas de su poesía como por entre los corredores de una casa propia. Villalobos lo sabe y se solaza en lucir la frase aguda y la sonrisa sutil en su taller de tauromaquia fantástica y en batidas de esgrima verbal. Y se le deslizan en la poesía, naturalmente, con un dejo de amargo sabor picante, como seguramente debe tenerlo el limo sobre las esculturas, la pátina sobre metal, pergamino, madera, tela, piedra. Sabor de siglos que deja huella en cada hombre y en cada obra. Porque el hombre es la huella de los siglos.

Entonces, en la caída, viene la memora a resarcirse en imágenes, del daño así infligido, y que la ha remitido hacia una interioridad doliente, desde la cual —gran madre y nodriza— viene ella a amparar, a recoger, a restaurar, a hacer válido, lo que conciencia, conocimiento, temporalidad consciente y sensible, en suma, hicieron despojo. La poesía, macerada en el trance, va a surgir como mariposa liberada de los infernales círculos del hombre hacia la flor y la estrella: hacia el poema. El poeta, así, vive el ámbito poético y de la creación como si fuera el de un gran monasterio. La vida misma adquiere sentido religioso en cuanto que reconoce como deidades suyas aquellas que le deparan el pan y el vino para el propio rito. Sin ser orgiástico en anacreóntico sentido, el sensualismo

que caracteriza a los cantores de la naturaleza se revela en la percepción de nítidas realidades. Todo halla una correspondencia de vivencias que le repiten el mismo parentesco vital que él reconoce, admite y canta en la ecumenicidad del acto poético. Y aquella domesticidad que se le vuelve desde sus primeros poemas, canto regional, exaltación de fervor del propio contorno, suma de excelencias vitales que lo embriagan en la inmediatez con que recibe su aliento, va ganando ámbitos de lírica transcendencia cuando, recluido en la soledad, el amor es la afluencia —el agua fugitiva y firme que perdura— que lo mantiene a flote en el éxtasis de la creación poética. Por eso a veces algunos de sus poemas tienen la levedad de un loto sobre el agua y siempre corre sobre la superficie suya —afluencia de esta poesía— como esas carameras gigantescas que durante las crecientes de los ríos —y aquí en el río de su poesía que es su Orinoco propio— llevan consigo la soledad de una garza que viene en alas del barinés huyéndole a los riesgos de la creciente, junto a la flor de las boras o de la orquídea salvaje que se vino en el desgajamiento de algún ramo secular de la selva. El poeta, desde la orilla, mira pasar el milagro peregrino, como ahora, en la madurez vital que lo caracteriza, advierte la vida, reiterada en la multiplicación de la humana aptitud, en cuanto se le renuevan infancia y orígenes de la vida y de la poesía, en la presencia de los hijos de sus hijos. Ya abuelo, el mundo parece estar adquiriendo para él la dimensión de la realidad otra vez vivida. Y vuelve, en

muchos de sus cantos inéditos, a aquella frescura inicial de las cancioncillas de infancia, en las que va a reflejar no solo el poder del oficio en la legitimidad de un lenguaje depurado lleno de resonancias estéticas, sino en cuanto la memoria misma se anña en la posibilidad que le prestan la imagen, su aparecimiento, sus visiones y el recuerdo. La poesía se le ha vuelto duende.

Este es el rostro que yo he visto de la poesía de Héctor Guillermo Villalobos. A través de sus poemas, como a través de un velo —recordar a Wilde—, que alzado en intento de descubrimiento y vuelto a caer en ocultación de ritual cumplido, posiblemente dará a quienes tal hagan una impresión de rasgos diferentes porque distintas son las miradas que los buscan; pero en el fondo permanecerá intacta, en la pureza inicial que la engendrara. Poesía del amor y de la soledad, la muerte y la vida tocan sus puertas con armoniosos llamamientos, en ronda de solicitudes que se abren, provocativas y tentadoras, como señales liberadas de una caja de música inefable, eso sí, encontrando siempre en el interior suyo la verdad estética, que erige a este poeta en dueño absoluto de un quehacer de reconocido magisterio lírico y a su obra como testimonio de una de las más nobles, ricas, puras expresiones de la poesía venezolana.

## BIBLIOGRAFÍA

Machado, L., (Ed.), (1973). *Poesía de Héctor Guillermo Villalobos*.  
Caracas, Venezuela: Contraloría General de la República.

## HÉCTOR GUILLERMO VILLALOBOS: BARBECHOS Y NEBLINAS

La venezolanidad expresada a través de la infancia, el humor, la ironía, la soledad, la belleza de la tristeza y el amor, es una de las principales características de la pluma poética nativista de Héctor Guillermo Villalobos. Este texto, escrito por la poetisa Luz Machado, ofrece un vistazo por las etapas poéticas que transitó este gran pedagogo, político y periodista oriundo del estado Bolívar.

### **Luz Machado (Bolívar, 1916- Caracas, 1999)**

Poetisa, periodista y ensayista. Su carácter reflexivo, reflejado en la escritura, la condujo a desarrollarse en la crítica literaria y a sumergirse plenamente en el campo de las letras. Fue cofundadora de la revista *Contrapunto*, del Círculo de Escritores de Venezuela y fue miembro de la Sociedad Bolivariana. Asimismo, obtuvo importantes distinciones como el Premio Municipal de Poesía (1946), el Premio Nacional de Literatura (1987), y las Órdenes Francisco de Miranda (1993) y Congreso de Angostura (1996).

